La Ilustracion Artística

Año XI — Barcelona 25 de enero de 1892 — Núm. 526

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL VESTIDO NUEVO, cuadro de A. Laussheimer

SUMARIO

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Voracidad incansable del tiempo. – Muertos ilustres. – Monseñor Freppel. – Su patriotismo. – Obras literarias del obispo. – Su libro sobre Tertuliano. – Carácter de este orador inmortal. – Error de Freppel queriendo imitar á tal orador de combate y guerra en tiempos de concordia y paz. – Emilio Lavelaye. – Sus esfuerzos por el cambio y el comercio libres. – Sus obras. – Inconsecuencias socialistas de tan apreciable y digno escritor. – Locura de Maupassant. – Observaciones acerca de la literatura hoy en boga. – Enfermedad y muerte del soldán egipcio. – Agitaciones en Tánger. – Tristezas y recelos. – La noche de Reyes en el hogar. – Conclusión.

I

Entre los días últimos del año que ha fenecido y los días primeros del año que acaba de advenir, la muerte, como si quisiera traernos á la memoria el hambre voraz de los tiempos, quienes todo lo producen, pero también todo lo devoran, hase llevado varios ilustres hombres, difíciles de reemplazar en la próxima terminación de nuestro siglo. El obispo de Angers, Monseñor Freppel, célebre diputado muy amigo del Parlamento y de sus debates, ha muerto en medio de su gigantesca lucha, sin que le haya rendido un punto el cansancio en sus tareas, ni desanimado para ninguna empresa el malogro de sus principios. Monárquico, muy monárquico, pero patriota, muy patriota, de todo corazón francés, como buen alsaciano, supo encontrar en la sinceridad natural de sus afectos y en la rectitud indudable de sus propósitos el medio de servir á los ídolos de su política, sin deservir á la religión católica, por la cual tenía grande adoración, y menos á la patria nativa, cuyas desgracias habían aumentado el fervoroso afecto por ella en aquel su generoso y fuerte ánimo. Yo leí mucho á Freppel allá por mis lejanas mocedades, cuando profesé la Historia y la Ciencia del Cristianismo en sus orígenes y en sus primeros desarrollos ante numeroso público, sobre la sede altísima del Ateneo, ilustrada por Galiano y por Pacheco y por Donoso. Freppel escribía entonces de asuntos análogos á los que yo estudiaba, y había escogido como ejemplar y tipo de firmeza en los afectos y de vigor en las creencias al incomparable Tertuliano. Cuando la sociedad cristiana llega durante los primeros siglos á encontrarse por su crecimiento y progreso en disposición de combatir á la vieja sociedad idólatra, surge un héroe y un atleta de la iglesia, surge Tertuliano. Siempre sucede lo mismo: la sociedad, como la naturaleza, produce lo que necesita y destruye lo innecesario é inútil. La idea nueva necesita de la palabra para enardecer los ánimos, y nacen los grandes oradores. Entre los primeros y más excelsos del Cristianismo descuella Tertuliano. Militar, su férreo estilo tiene algo del corte de la espada; jurisconsulto, su pensamiento brota en ritmo semejante al ritmo de las antiguas leyes; africano, su período varonil, vigorosísimo, de una robustez primitiva, siquier obscuro y tortuoso, corre con la elocuencia y el desorden ditirámbico de Lucano; violento y extremo como su raza; caluroso hasta el incendio como la tierra patria; fuerte por vigorizado en una idea divina y más fuerte cuando se compara con los decaídos romanos; dialéctico implacable por su argumentación abrumadora y á veces por su finura en dirigir y clavar la flecha mortal en el corazón de los enemigos; su ironía, su desigualdad, su arrebato; el estridor de sus combates, en que á veces ruge como los leones y á veces maulla como los tigres del desierto; sus antítesis que todavía no han sido igualadas; sus sarcasmos juvenalescos propios de la romana sátira, juntos con la unción evangélica propia de los primeros cristianos, prestan á sus palabras algo del rumor tempestuoso que al pecho de gran muchedumbre suele, cuando se agita, escaparse, y algo también del rudo sonido que se levanta de un ejército armado en marcha; pues aquel hombre, Demóstenes de su tiempo, Demóstenes de su fe, aparece como un conquistador que lleva tras sí legiones de ideas cual ángeles venidos á extirpar el paganismo, y asalta, sin temblar por los dardos que cruzan á su lado, con su espada en los dientes, atemorizando á sus enemigos con las centellas que despiden sus ojos; asalta, decía, la vieja Roma; y entra en el Panteón á reirse de los dioses con burla digna de Luciano; y se dirige á los Césares y les anuncia que no doblará la rodilla en su presencia porque resulta engañosa la divinidad á ellos atribuída por sus siervos; y corre al Circo y maldice á los que respiran gozosos el hedor de la humana sangre; y cavando en los fundamentos de la ciudad cesárea, sobre la cual dirige miradas abrasadoras como las del feroz africano Aníbal, abre abajo un infierno lleno de fuego, adonde arroja los tiranos y sus cómplices; mientras á las víctimas de éstos, á los mártires, á los que han muerto por defender la idea del Dios único y la inviolabilidad del pensamiento religioso, les señala el cielo arriba, en que vagan los elegidos con sus palmas siempre verdes y sus coronas de estrellas siempre luminosas, entre raudales de increada luz y conciertos de divinas armonías. A la verdad merece Tertuliano las páginas por Freppel consagradas á su obra y á su vida en dos gruesos volúmenes. Pero si había razón para estudiarlo y conocerlo, no había razón para seguirlo en sus indignaciones como si los mártires en el Circo se hallaran y Diocleciano en el trono. La obra de los católicos hoy no puede ser ya obra de combate, sino de reconciliación y de armonía. Desde que las iglesias perdieron la participación en el poder civil, que les dieran los errores de la Edad Media, nadie halla un ideal superior al ideal cristiano en la vida, y con razón mayor ante los errores de una filosofía empeñada en arrancar al cielo su Dios y al hombre su libertad. Cuanto por separar la Iglesia de la fuerza material y de los gobiernos terrenales ha la revolución moderna hecho, resulta en favor de su ideal puro y de su autoridad religiosa. Por consiguiente no tenía razón alguna Monseñor Freppel queriendo resucitar en estos tiempos de paz un tipo de guerra. Y menos razón tuvo en querer unir contra la patente inclinación del sublime León XIII la causa del principio católico á la causa del principio monárquico, cuando la religión cristiana, bien al revés de las religiones asiáticas, todas amoldadas al medio ambiente, y como él pasajeras, no ha menester de una sociedad fundada en el privilegio y compuesta de castas para vivir; sálvale su ideal inagotable y su doctrina metafísica, por los cuales reina en todos los tiempos y llena todos los espacios, que ilumina con su lumbre celestial y aviva con su vivificante calor.

II

También ha muerto mi amigo Emilio Lavelaye. Publicista de mucha ciencia, si bien de poca originalidad, ha ilustrado el siglo corriente con estudios de primer orden, lo mismo sobre las cuestiones sociales que sobre las cuestiones diplomáticas. El Estado de Oriente, la constitución de los pueblos danubianos, las escuelas comunistas contemporáneas, los problemas relativos á la propiedad, el combate ardoroso entre los madgyares y los croatas, la cuestión del sufragio y de la enseñanza en Bélgica, los aspectos que ha tomado en los últimos tiempos la República francesa, desde las cuestiones italianas á las cuestiones escandinavas, con otros innumerables objetos, han debido á su diligencia en el estudio y á su facilidad en la expresión intensos y continuos esclarecimientos. Catedrático de ciencia económica en Lieja, no puede negarse la cooperación activa que ha prestado á la libertad en el cambio y en el comercio, siquier no perteneciese, como la mayor parte de los economistas contemporáneos, al puro individualismo tan acerbamente criticado ahora por la reacción económica. En efecto, Lavelaye, así entre los problemas relativos á la distribución y goce de la propiedad como ante los problemas relativos al concurso debido por los Estados al trabajador, claudicaba un poco de socialista y propendía constantemente á soluciones las cuales pugnaban por completo con su trabajo asiduo y precioso por la libertad entera del pensamiento y del cambio. No ha muerto, pero como si hubiera muerto, ha enloquecido, se ha muerto para el trabajo literario, un escritor de tanto mérito como el celebrado novelista y poeta Guy de Maupassant. Existe ahora una familia de filósofos, la cual, en vez de trazar tratados metafísicos, escribe novelas realistas. Esa familia proviene del altísimo Balzac, que la generara con sus admirables y admirados libros. ¡Cuál diferencia entre todos estos metafísicos, los cuales, en vez de presentar caracteres abstractos por las regiones del pensamiento, presentan caracteres prácticos y vivos en los escenarios de sus relatos con mucha más filosofía que amenidad, y aquel Dumas, tan divertido y tan ameno, excelso Lope de la novela, muy menospreciado por el pedantismo al uso, pero cada día más querido ahora de los que no hemos vuelto á recrearnos, como nos recreaba él, desde su nunca bastante llorada muerte, precedida por un injusto eclipse proveniente de la eterna ingratitud con que pagan las generaciones jóvenes á los viejos que las han ilustrado con sus obras ó que las han redimido con sus esfuerzos! Para leer á Dúmas necesitábase únicamente saber de letra, como dicen los campesinos de quien sabe leer y escribir mejor ó peor. Para leer á Flaubert, á Goncourt, á Loti, á Bourget, á Zola necesítase un curso previo de arqueología, de política, de fisiología, de ciencias naturales, de patología y hasta de obstetricia. ¡Buenos tiempos estos en que sabios como Figuier hacen de la ciencia una novela, y novelistas como el pobre Maupassant hacen de la novela una ciencia! Hay en todo cuanto yo he leído del infeliz escritor una filosofía intuitiva que lo coloca entre los grandes observadores fisiológicos y psicológicos de nuestro tiempo. Lo que llamamos el carácter está presentado por aquella eximia pluma, no sólo en su índole moral íntima y propia, no sólo en las regiones del espíritu donde reina la libertad; en algo inferior, en el temperamento fisiológico, donde reinan tantas fatalidades orgánicas y mecánicas, que puestas como eslabones de cadena sobre las dos alas del alma, producen esta mezcla de bestia y ángel á la cual denominamos hombre. Maupassant, no solamente ha trazado sus libros, los ha vivido. Por el desgaste de su cuerpo en la vida y por el desgaste de su espíritu en la producción explico yo la enfermedad que lo ha herido y dementado, una enfermedad á la medula. ¡Cuán terrible caso! ¡Cómo desciende la noche sobre los infinitos espacios del pensamiento! ¡Cómo la parálisis detiene las vibraciones del divino Verbo! ¡Cómo se rompen los nervios á modo de cuerdas demasiado tirantes! ¡Cómo se trueca en delirio y fiebre la facultad por excelencia reguladora y directiva de la vida, nuestra razón! El así herido prefiere un abrazo de la muerte y un descenso al sepulcro. Leyendo una vez á Julio Lemaitre supe cómo gozaba Maupassant de un temperamento tan fuerte y de una salud tan florida, que parecía jornalero del campo y pescador del mar. El exceso de producción ha desequilibrado sus nervios y el fatal desequilibrio ha concluído por quitarle al desgraciado la razón. ¡Qué triste cosa nuestra pobre vida!

III

Ya que hablamos de muertes, consideremos un instante la de hombre tan excelso como el virrey de Egipto, acabado al golpe de la enfermedad epidémica reinante hoy en las cuatro partes del mundo, y que hace tan horrorosos estragos y trae á media humanidad en cama, herida por las inclemencias del tiempo y por los miasmas del aire. Parece imposible que la muerte de un siervo, del siervo de Inglaterra, conmueva tanto á los poderosos del mundo y con especialidad á los ingleses, aunque lo tenían en las ergástulas del Estado británico so los yerros forjados en las británicas fraguas. Pero así aparecen las razas ismaelitas en el mundo ahora. Organizadas por el Profeta para la guerra, mientras estuvieron en Europa frente al estado feudal, nacido en la guerra y para la guerra criado, ó en Asia y en Africa frente á tribus conquistadoras, crecieron mucho en poder y predominaron merced á este poder en el mundo. Pero, así que á un estado de perpetua guerra sucedió un estado de relativa paz, como no tenían papel que desempeñar ni destino que cumplir, se deshicieron en el medio superior como la sal en el agua. Y hoy ejercen protectorado, bien directo ó bien indirecto, los cristianos, los progresivos y flexibles cristianos, sobre todo los cristianos arios, en las ciudades y los imperios del Islam. Ceuta en poder de los españoles, Argel en poder de los franceses, Alejandría en poder de los britanos, Mongolia en poder de los rusos dicen bien claramente cómo han decaído y bajado los que tuvieron encerradas en sus harenes tantas nacio-



SEGANDO HIERBA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

nes cultas. Este paso del jetife á otra vida plantea de nuevo ante nuestra presencia problema tan grave como la evacuación del Egipto por Inglaterra, que desean vivamente Rusia con Francia, y que, impulsado por estas dos potencias, pedirá otra vez el sultán de Constantinopla. Inglaterra en su pro, y para cohonestar la ocupación suya con algunos visos de fundamento, aduce la necesidad absoluta de que obras tan útiles al progreso humano y tan indispensables al bien universal como los pasos del canal de Suez, sito en tierras egipcias, queden custodiados por una potencia mercantil como ella, interesadísima en el movimiento de los productos y en la circulación de los cambios, no por una potencia de guerra y de conquista, como el Egipto, donde se juntan de consuno los horrores de total anarquía con las violencias de viejo y gastado despotismo. Lo cierto es que, á pesar de hallarse hasta los dientes armada Europa, no se columbra en sus horizontes nube ninguna capaz de amenazarnos con descargar los rayos de guerra sobre nosotros, y se condensan por ese lado de Africa, relampagueante, así en la tierra como en el cielo. Cuatro kabilas, encerradas en un cuadrado de chumberas y aloes, nutridas por dátiles de palmerales y leche de camellas, organizadas para la vida casi vegetal del oasis, pueden pegar fuego á la civilización europea con sólo descolgarse un día sobre Tánger, mandado por un bajá que las oprime, y tomar de su presión y de sus agravios algún cruènto desquite. Así la camisa no le llega hoy á ningún partidario de la paz al cuerpo, en vista de la presencia en Marruecos del astuto cónsul que ha establecido el protectorado inglés sobre Zancíbar, en vista de los problemas que suscita de tanta dificultad y trascendencia el reparto de las tierras africanas, en vista del conflicto entre la corte de Fez y el gobierno de Francia sobre Touat, en vista de un artículo publicado por *El Standard*, periódico ministerial inglés, amenazando con apoderarse de Tánger, cosa grave, á la cual no podíamos nosotros en manera ninguna prestarnos, porque no podemos consentir sin enérgica protesta ningún atentado á la integridad intangible del Imperio de Marruecos y ninguna dilatación del dominio británico sobre las costas del gaditano estrecho. La cuestión de Tánger es para nuestra patria y su influencia una cuestión de vida ó muerte. Por esta razón deseamos con tal intensidad y viveza que se mantenga el *statu quo* en las costas marroquíes y no haya motivo alguno en Europa, en Africa, en América, en Asia, en Oceanía, de guerras y discordias. Nuestro continente necesita la paz; y así como ahora la cantan en estas fiestas de Navidad los ángeles del cielo entre los repiques de gloria que la ofrecen á los hombres de buena voluntad, como también ofrecen honra y culto al Dios de las alturas, nosotros debemos proferir y recalcar esta santísima palabra siempre que nos encontremos los defensores en el mundo de la libertad y del derecho.

IV

Pero dejemos estos embargos del corazón y convirtamos los ojos á las fiestas del mes corriente, mes primero de este joven año noventa y dos. La noche del 24 de junio, la noche del 24 de diciembre, las vísperas de San Juan y de Cristo, se completan con la víspera de Reyes. Todos los niños aguardan algún presente de los viejos y seculares monarcas; todos los ven pasar en sueños con sus turbantes áureos y blancos, la capa de armiño y púrpura en los hombros, los cálices de oro en las manos, caballeros sobre sus hacaneas relucientes, precedidos por las estrellas del cielo, dejando á sus espaldas como un surco de aromas y esencias en los espacios infinitos. Allá, por nuestras tierras, cuando nuestras almas de niños se abrían, flores de arbusto, á todas las abejas y á todas las mariposas; cuando creíamos y esperábamos, las campanas anchísimas de nuestras chimeneas campestres llovíannos peladillas y anises, los cuales blanqueaban las negras piedras del hogar como con dulce nevasco de azúcares. Y no podíamos contentarnos con esta satisfacción inmensa del anochecer; necesitábamos otra satisfacción al día siguiente de madrugada. ¿Cuál emoción volverán á sentir nuestros corazones comparable con la traída por los reyes en la noche y encontrada en las ventanas de nuestro cuarto al despertarnos? Yo recuerdo una vez que me dejaron los reyes alba canastilla, toda llena de anises y ornada con multicolores lazos, canastilla

PAVERA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

en cuyo tope temblaban florículas compuestas por hilos argénteos y pajaritos pintados por sederías de vistosos tornasoles y matices. Ninguna flor del campo hame desde aquel entonces absorbido en arrobamiento y ningún ave del cielo transpuéstome, ni con sus alas ni con sus gorjeos, como estas flores y estas aves de trapo, significando la religión de mis predecesores, la iglesia del hogar, la vida del corazón, porque venían de las manos de mi madre y crecieron á su amor y se iluminaron á sus ojos. He aquí la gran realidad viviente de todas estas religiosas tradiciones. Guirnaldas de ideas abrazan á los que fueron y á los que ahora son, á los que ahora son y á los que serán mañana. Tal es, tal, su indudable virtud. Pero dejémonos de murmuraciones por hoy. Hasta dentro de quince días.

Madrid, 12 de enero de 1892

CRONICA DE ARTE

Final de un incidente. – Una protesta. – Lo que no puede ser. – Lo que se pinta. – Lo que se dice.—Fluctuaciones.

Sabido es de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTISTICA el incidente promovido por el escultor Sr. Moratilla, protestando contra el acuerdo del pleno de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, á propósito de la adjudicación de los esfinges destinados á decorar una de las fachadas del nuevo edificio de Biblioteca y Museos de esta corte, y que dicho pleno había adjudicado al escultor Sr. Suñol, saltando por el dictamen del Jurado, el cual, ateniéndose á la letra de la convocatoria, propusiera la ejecución de dichos esfinges á ambos artistas, ateniéndose para ello á una de las condiciones del concurso, que exige que cada esfinge ó estatua debe tener su boceto correspondiente.

El Consejo de Estado parece ser que propuso declarar desierto el concurso en la parte que á dichos esfinges se refiere, y que por lo tanto debía procederse á nueva convocatoria. Interrogado por mí el ministro de Fomento, éste tuvo la bondad de indicarme lo que se proponía hacer; esto es, adjudicar la ejecución de los mencionados esfinges á los dos litigantes, de acuerdo con la proposición del Jurado, compuesto en su mayoría por individuos de las secciones técnicas de la dicha Academia.

Dícese que el Sr. Suñol, en vista de la decisión del ministro, renuncia á ejecutar su esfinge: si esto es cierto, las obras decorativas de la nueva Biblioteca durarán tanto tiempo como las del edificio, es decir, un cuarto de siglo. Tendrá que convocar á nuevo concurso, y probablemente ni en yeso podrá colocarse completa para las fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América la obra decorativa de las dos fachadas del asendereado palacio.

Con este serían ya tres los concursos convocados, y la pelota en el tejado; falta todavía el *frontón*, la obra magna.

***

Los artistas españoles residentes en Roma han elevado al ministerio de Fomento una protesta, cuyo espíritu hostil á la Academia de San Fernando ha causado honda sensación, puesto que vino á confirmar la campaña que la prensa y la opinión hace ya tiempo vienen haciendo en pro de los intereses del arte y de los artistas, no mirados por la citada corporación académica con el respeto que se merecen.

Firman dicha protesta Pradilla, Palmaroli, Valles, Villodas, los hermanos Benlliure y otros escultores y pintores de indiscutible autoridad en el arte; y ruegan al ministro de Fomento que, para alejar toda ocasión de parcialidad, los académicos no puedan tomar parte en ningún concurso público en el cual haya de dar dictamen aquel cuerpo consultivo, ó en el caso contrario, se nombre un Jurado libre, de personas competentes, en un todo ajenas á la Academia de San Fernando.

***



LA PASTORCITA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

Los escultores premiados en el último concurso de obras para la Biblioteca ya habrán comenzado sus trabajos, puesto que hace días se les comunicó la orden. Pero ocurre que, dado el tiempo transcurrido entre dictámenes y aprobaciones, hase mermado el concedido para ejecutar los modelos en yeso á todo su tamaño y las estatuas definitivas en mármol. De aquí que algunos escultores afirmen cómo para las fiestas del centenario no podrán ser colocadas las estatuas en *rabaggione* y sí únicamente los modelos. Por otro lado, el deseo que indicó el Gobierno de inaugurar completamente decorado el edificio de la Biblioteca para el próximo mes de octubre, habrá de limitarse á los *medallones* en mármol; las estatuas... en yeso, puesto que todavía se acaba de convocar á nuevo concurso para las de *San Isidoro* y *Cervantes*, y el *frontón*... vacío. ¡Ahí es nada modelar en cuatro ó cinco meses una composición escultórica complicadísima y que debe medir veinte metros de longitud por cuatro de elevación en el vértice!



LA FAMILIA MENUDA, cuadro de D. Luis Graner. (Salón Parés.)

***

Entre los principales pintores de la colonia española en Roma no está decidido, según mis noticias, la asistencia á nuestra Exposición internacional de Bellas Artes de esta corte. Sé que la mayoría se inclina á enviar sus trabajos á la de Munich; sin embargo, pudiera acontecer que Villegas concluyese su célebre cuadro *El triunfo de la Dogaresa* para nuestro certamen y que los Benlliure (José y Juan Antonio) como también algún otro celebrado pintor se decidieran por último á presentarse en el palacio de Bellas Artes de la Castellana.

Pero si estos artistas no se han decidido todavía por nuestra Exposición, la gente joven trabaja resueltamente con tal objeto. Garnelo, el autor del *Duelo interrumpido*, está empeñado en un asunto colombino. Representará su cuadro la llegada á la isla de *San Salvador* del navegante genovés. Escoge el artista para desarrollar la escena la hora en que el sol se acerca al ocaso, derramando una luz dorada ó casi roja sobre el paisaje y las figuras.

Alvarez Dumont, otro de los pensionados por la Academia, está pintando un gran lienzo (grande es también el de Garnelo), en el cual desarrollará uno de los episodios del combate de Trafalgar. Sabido es que los hermanos Alvarez Dumont se dedican con sin igual constancia á la pintura histórico-dramática casi contemporánea, escogiendo con preferencia asuntos entre los muchos que nuestra guerra de la Independencia ofrece al artista. Tiene á mi entender esta pintura histórica dos condiciones, una favorable y otra contraria, para su realización. La primera es la de la relativa proximidad de los acontecimientos, que permite el estudio concienzudo de la indumentaria, del lugar de la escena y de la verdad física de los tipos, etc.; y la segunda, que esa misma proximidad de los hechos es lo suficientemente pequeña para apreciar y personificar psíquica y aun plásticamente con cierta parcialidad, así los tipos de los enemigos, como la exactitud de los acontecimientos; resultando muchas veces héroes aquellos que no lo han sido, como parece que á última hora acontece al teniente Ruiz, cuya estatua se inauguró en esta corte no hace todavía ocho meses.

El autor de *La decapitación de San Pablo*, Sr. Simonet, está trabajando en un cuadro de asunto bíblico, *Cristo profetizando la ruina de Jerusalén*. El Sr. Simonet hizo un viaje á la Tierra Santa con el objeto de estudiar sobre el terreno tipos, trajes (sabido es que la indumentaria de los habitantes de las orillas del Tiberiades ha variado muy poco), ambiente, luz, etc. Con este material allí recogido se ha puesto á trabajar en su obra sobre seguro; y según me indican artistas que acaban de llegar de Roma, el pensionado de la Academia dará mucho que hablar con tal cuadro.

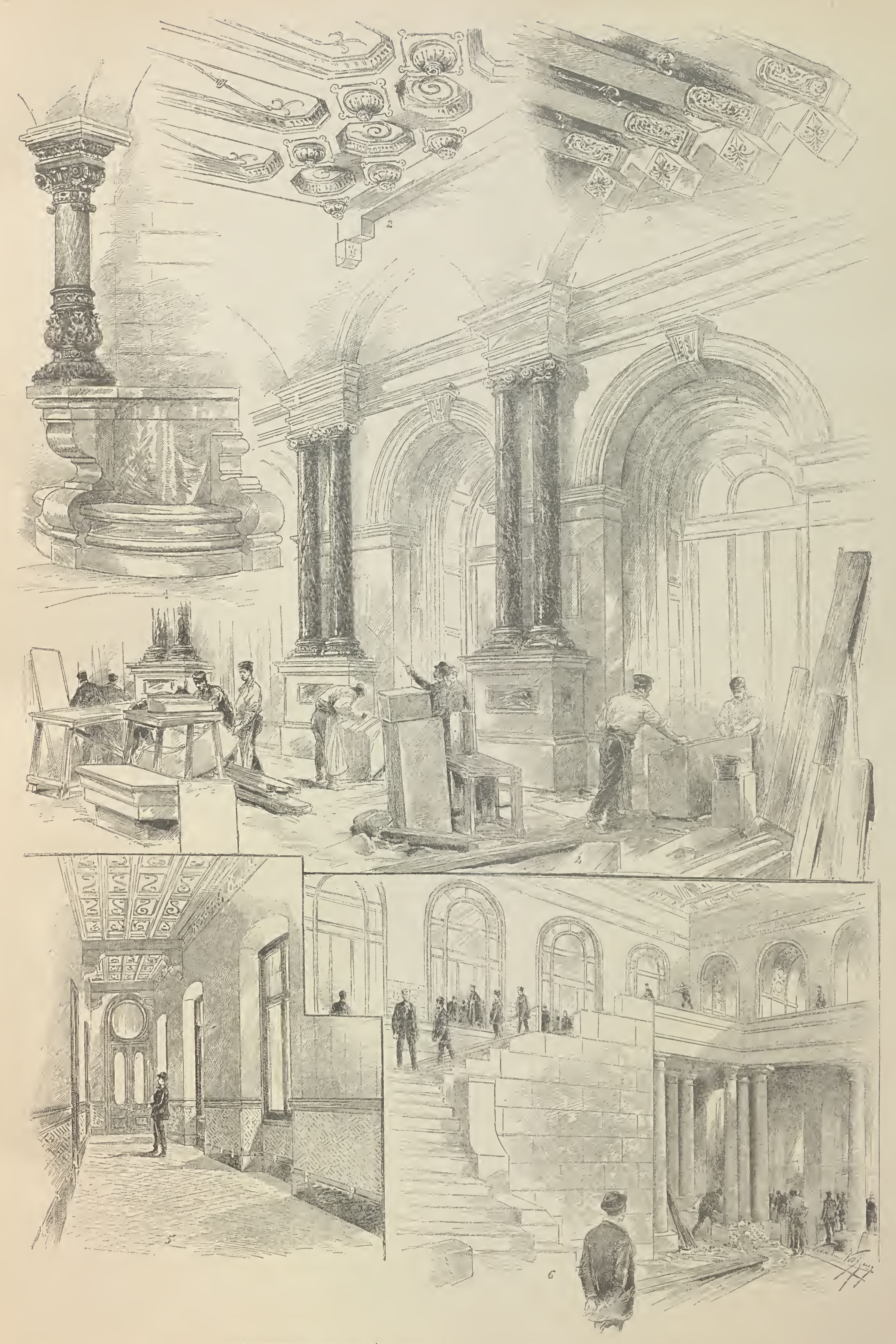
García Sampedro, uno de los discípulos predilectos del malogrado Plasencia, premiado en la última Exposición nacional de Bellas Artes por su cuadro *A la caída de la tarde*, tiene en mancha también un lienzo de grandes dimensiones.

Pintor de sólidas bases, su cuadro aparece ya bien dibujado y preciosamente compuesto, según puedo colegir por las descripciones y apuntes que de él he recibido. Sampedro, enamorado de la naturaleza, busca en una sencilla escena de la vida campesina motivo para realizar con el pincel lo que Fr. Luis de León nos canta cuando dice:

¡Qué descansada vida
La del que huye al mundanal ruido!

Juan Antonio Benlliure comulga al presente en el altar de la pintura ruralista (1). Según lo que

(1) Valga el galicismo.



PALACIO REAL DE BARCELONA (en construcción), composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez

1. Salón central. — 2. Techo de la cámara de S. M. la reina. — 3. Techo del despacho de S. M. la reina. — 4. Salón del trono. — 5. Galería de servicio. — 6. Vestíbulo y escalera de honor


¿QUIERES SER MI MODELO? (De fotografía directa de C. A. Krall, que obtuvo el primer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

tengo por cierto, este artista tiene en estudio un cuadro que habrá de representar un grupo de labriegos refugiándose de una tempestad en el pórtico de una ermita. Y José Benlliure, exaltado por las místicas hegemonías de su imaginación soñadora y del arte cristiano de Asís, se engolfa en la pintura de enorme lienzo que representará al Santo de la pobreza rodeado de su cohorte de mártires.

***

¿Verdad que es digna de estudio esta fluctuación de ideas, de escuelas, de sentimientos que se observa en los artistas?

No puede negarse que estamos entrando en un período de realismo *idealista*. Parecerá paradógico, parecerá antagónico; todo lo que se quiera; pero aquellos que se asombren de esta afirmación tan extraña deben repasar con cuidado las obras de nuestros grandes clásicos y verán cómo amalgaban la realidad con el ensueño.

Del arte, como de la naturaleza, en la cual se inspiró, inspira é inspirará aquella entidad eternamente, puede decirse con el poeta:

Agostarse y florecer de nuevo

R. BALSA DE LA VEGA

ROMEO, JULIETA Y COMPAÑÍA

(Continuación)

Lo confieso con franqueza, aquí que no me oye nadie y que tengo la seguridad de que no se descubrirá mi secreto. En toda mi vida he sentido más de veras el peso de la buena educación que aquella noche. ¡Cuántas veces me pasó por la imaginación la idea de acercarme al piano, dar un trastazo á los papeles del atril, taparle la boca al posma de Falito y gritar yo: «¡Señores, esto es un asesinato con las circunstancias agravantes de nocturnidad y en cuadrilla! Reflexionen ustedes que he llegado á su amada patria á media tarde y que este chaparrón de notas me está volviendo loco. Comprendan de una vez que estas apreciables señoritas son unas calamidades preciosísimas, pero inaguantables, y que ese Falito de mis pecados es un mentecato de cuerpo entero, que debía irse donde se fué Gazul y no volver jamás. Mediten en que...»

Pero nada de esto dije. Por el contrario, al acercárseme la señora de Cano, con su enhiesta nariz, á cuya perpetua amenaza de perforación aún no me sentía acostumbrado, revestí mi faz de la más risueña expresión, agarré con ambas manos el incensario y ahumé, digo, llené de elogios á su hija, á Matilde, á la niña del juez, á la de Viñas, á la reunión, á la ciudad, á Falito, al perro y al gato de la casa, y por fin y remate de tan descarada sarta de mentiras, solté la sin hueso sobre su exquisito trato y su no igualada amabilidad, y su elegancia, y sus prendas personales, y hasta creo recordar ¡Dios me perdone! que se me fué la lengua y le solté dos ó tres piropos de marca mayor. También es cierto que mi inaudito cinismo me valió una afectuosa sonrisa que aumentó la convexidad de los platillos de la balanza é hizo destacarse más terrorífico al fiel, y que me gané con mi... diplomacia la amistad de aquel esfinge para toda la vida.

Durante aquel diálogo yo no había cesado de echar disimuladamente alguna que otra ojeada al grupo de niñas, tanto porque alejadas del piano volvían á recobrar sus naturales atractivos, cuanto porque ¿á qué negarlo? la morenita Pilar Mesa me había flechado, como suele decirse. Me pareció notar, aunque desconfié de mis observaciones, porque soy poco presuntuoso, que ella me correspondía con tal cual miradita furtiva. Era graciosa en sumo grado aquella criatura. Y á más la realzaba sobre manera á mis ojos el pensar que no pertenecía á la falange de verdugos que nos habían estado atormentando toda la noche. Deseando estaba poner término á mi obligada plática con Doña Gertrudis para acercarme de nuevo á Pilar, cuando aquélla pescó al vuelo una de mis miradas y exclamó:

– ¡Ay! Pero le estoy á usted entreteniendo, y usted preferirá echar un parrafito con las niñas...

– ¡Señora!...

– Venga usted conmigo. Vamos á ver si conseguimos que Pilar cante algo.

Me dió un vuelco la sangre.

– No es aficionada á hacerlo, porque como la pobre no ha tenido maestro, ni pretende competir con la de Viñas ni con Matilde, rehusa siempre que puede. Pero la convenceremos de que es preciso que se deje oir de usted.

Como res que llevan al matadero me acerqué al sitio donde momentos antes estaba deseando ir. Expusimos nuestra pretensión, y Pilar, poniéndose al punto en pie, repuso:

– Cantaré con sumo gusto. No quiero que me llame remolona este caballero. Pero ya verá usted, siguió, dirigiéndose á mí. Yo no sé hacer los gorgoritos como el arte manda, ni canto más que en español. En todas las reuniones hago de fin de fiesta. Tápese usted los oídos, que allá voy.

Y cogiéndose del brazo de Amparito se dirigió al piano, y yo, como por instinto, me fuí detrás y me coloqué al otro lado del instrumento, frente á ella.

– ¿Sabe usted cantar?, me preguntó mirándome de hito en hito.


¡VALIENTES CRÍTICOS! (De fotografía directa de C. A. Krall, que obtuvo un primer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

—No... no he aprendido...

—Quiero decir, así como yo... á lo pájaro...

—Tampoco. No tengo voz.

—Es lástima. Hubiéramos cantado un dúo. En fin, vaya sola. Toca el tango que más rabia te dé, Amparo.

El piano preludió una música que á trozos era rápida y agitada, á trozos lánguida y perezosa, pero siempre apasionada, y un momento después Pilar dejó oir su voz fresca, sin afeites ni aliños ni pretensiones, mas acariciadora y suave como la de los pájaros, con que ella misma se comparaba. Unas veces vibraba como si el deseo la prestara su anhelar y su vigor, otras apagábase como si el enervamiento de la dicha le robara fuerzas: ora sonaba alegre cual canción de fiesta, ora melancólica como tonada de duelo; y todos aquellos matices adivinábase que brotaban del alma misma de la ejecutante, cuyos sentimientos más íntimos traducía la garganta, sin que el arte la hubiera enseñado á mentir emociones ni á falsificar afectos, haciendo circular entre los concurrentes tal corriente de misterioso placer que, antes que se apagara en sus labios la última nota, todas las manos se habían unido en espontáneo aplauso y todas las lenguas pedían con insistencia otro tango.



UNA ESCUELA MODELO. (De fotografía directa de Marta Philip, que obtuvo el tercer premio en un concurso celebrado en Alemania.)

Pilar obedeció sonriendo. Y entonces, ya algo dominada la primera impresión que su deliciosa voz me produjo, fijéme en ella y noté—sí, esta vez no cabía duda—que, á través de sus ojos medio entornados, era á mí á quien miraba, y que las frases más cariñosas y tiernas parecía dedicármelas subrayándolas con leve alzamiento de cejas. Así que terminó me dirigí á ella y le dije:

—Como usted deben cantar los angelitos allá arriba...

—¿Tangos y todo?

—¡Ya lo creo! ¡Y que le sabrán á Dios mejor que el *Gloria in excelsis!*

De allí á poco se disolvió el cotarro. Ofreciéronseme todos los pollastres que Pascual me había presentado; los Sres. de Cano me rogaron que prescindiera de etiquetas y que me considerase desde luego como añejo contertulio de la casa; Pilar me dedicó una última cariñosa mirada, y Falito, al separarse de nosotros en la puerta para acompañar á Matilde, me citó para el día siguiente en el Casino, asegurando á Pascual que él se encargaba de mí en su ausencia para que mi aburrimiento no fuera muy grande.

Y aquella misma madrugada se fué Pascual dejándome espléndidamente instalado, como amo y señor, en su propia casa, y dándome antes de partir los siguientes sabios consejos:

—Mira, Ignacio. Yo me voy y te quedas sin nadie que te asesore sobre las gentes que has conocido esta noche. Creo de mi deber decirte cuatro palabras. Intima sin temor con los Sres. de Cano, que son excelentes personas y buenos amigos. Amparito, fuera de su chifladura pianística, una perla. Matilde también es tratable, muy lista y muy leal, aunque algo chismosilla. Su mamá, de caballería. Si te metes mucho en la casa te darán algún sablazo. Falito un tonto muy útil, porque es muy bien visto en todas partes. Ve con él sin miedo, y cuando te fastidie díselo claro, que ni se ofenderá por eso ni te querrá menos. A la niña del juez no le hagas el amor, porque tiene relaciones con Ramón López, aquel pollo tan flaco que se ha pasado la noche en la antesala ahumando una boquilla que le acaban de traer de casa de Sommer. A la de Viñas tampoco, porque también está comprometida con Cetito Andújar, mi primo, ese de la corbata color rosa, que parece que lleva un salmonete en medio de la pechera.

—¿Y la de Mesa, tiene también novio?

—¿Pililla? De seguro, pero no sé quién estará en turno en este momento.

III

¡Cuán largo y monótono sería este capítulo si yo, dejándome llevar de los impulsos de mi loca pasión, contara aquí al pormenor y con la minuciosa exactitud de un antiguo cronista los lances y aventuras de mi vida durante los tres meses de ausencia de Pascual! Y no creáis que dejo de hacerlo por pereza. Escritos están por estas pecadoras manos esos grandes anales de un trimestre. Mas, por una parte, tengo compasión de los píos ó rabiosos lectores que estén perdiendo el tiempo en leer mi verídica historia; por otra, deseo que el velo del misterio encubra eternamente los detalles de aquellas inefables horas de zozobras y dichas, de sobresaltos y venturas (párrafo imitado de las leyendas de Falito), y por último, temo que me acuséis de plagiario y me probéis que he traducido en mala prosa aquel libreto de Wagner en que Tristán é Isolda comienzan á arrullarse al alzarse el telón en el primer acto y ya no lo dejan hasta que á él se le acaba la cuerda y ella se queda hecha una tórtola viuda.



NIÑOS HÚNGAROS CANTANDO. (De otografía directa de Bernardo Graul, que obtuvo el segundo premio en un concurso celebrado en Alemania.)

Pero como tampoco es justo que os deje á obscuras respecto á los sucesos del trimestre memorable, voy á limitarme á daros cuenta del argumento de cada uno de los capítulos de mi crónica inédita, al modo que los antiguos poetas épicos usaban al frente de los cantos de sus obras inmortales.

CAPITULO I.—Descríbese la segunda vista de Pililla é Ignacio. Ella va guiando una *charrette* en el paseo. Va graciosamente vestida con una falda lisa, un chaleco blanco, una camisa de hombre con motitas azules, primorosa corbata de batista blanca, una americanita de igual tela que la falda y un sombrero muy cuco. Descripción del paseo de la capital. Paralelo entre Pililla y Venus guiando su carro de conchas marinas. Venus apabullada. Ignacio comienza á comprender la verdad que encierran los transportes románticos de los Gazules de Falito.

CAPITULO II.—Maniobras diplomáticas. Ignacio adivina el importante papel de los confidentes en las tragedias clásicas. Lo adjudica *ipso facto* á Falito. Júbilo extraordinario de éste. Historia de la diosa contada en versos endecasílabos. Efectos de la narración, idénticos al que lograría el que vertiese petróleo sobre unas ascuas. Ignacio aventura con timidez la observación de que, según el Evangelio de San Pascual, Pilar es un planeta con innumerables satélites. Indignación, protesta y exégesis de Falito para demostrar que el tal texto es apócrifo. Frase memorable: «Yo me encargo de todo.»

CAPITULO III.—Peripecia. A Pilar se le muere un tío con dinero, y hay que guardarle riguroso luto. Eclipse del astro en las reuniones de Cano. Soledad y tribulación del héroe. Proyectos criminales de perpetrar una poesía lírica. Salvación milagrosa. Mercurio trae una carta de Pascual y merced á ella recobra el sentido común. Conferencia con Matilde y Falito sobre los medios prácticos de salvar la dificultad de ponerse al habla. Himno á Cadmo, inventor de la escritura. Escribe una epístola. Estación de partida del correo: Ignacio. Estaciones de tránsito: Falito, Matilde. Estación de llegada: Pililla. ¿Contestará? Digresión sobre la duda con incursiones al campo de la historia y alusiones á Descartes y Voltaire.

CAPITULO IV.—Escena de la iglesia. La misa de siete. Rasgo de valor en Ignacio: madruga. Frialdad del templo y calentura amorosa. Llega Pilar y se arrodilla junto á un ídem. El héroe, para justificar cada vez más su calidad de tal, se coloca entre dos puertas á fin de verla mejor. Coro de catarros. Entre tos y tos... *oremus.* Angustia profunda. Pasan en visión espeluznante las tazas de flor de malvas, las pastillas de mil clases, la cama llena de mantas, las burras con sus crías y otros mil endriagos y fantasmas. El héroe no se acobarda y permanece con varonil entereza en su puesto. A la postre siente vivo escozor en la pituitaria. Reflexión interna: «Ya lo pesqué.»

CAPITULO V.—La respuesta. Ignacio, Matilde y Falito cantan el terceto de las cartas de la *Gran Duquesa.* Despiértase en el héroe asombrosa erudición y profundas aptitudes políglotas. Sus frases: «Eureka... Aleluia... Toda es júbilo hoy la gran Toledo...» Matilde y Falito le acompañan en sus apasionados transportes.



LA FIESTA DE LAS ROSAS EN ROMA ES DEL SIGLO XVIII, CUADRO DE JULIO ROSATI

CAPITULO VI. – La primera cita. Canto á la noche con estrofas alusivas á la luna, al ruiseñor, á la alondra y demás viejos cachivaches poéticos. Lamentos de Musset y Shakespeare desde sus tumbas contra los ladrones literarios. Aparece Pililla en su ventana. Extasis. Doble personalidad de Mefistófeles: sus sucesivas encarnaciones en Falito y Matilde. Ambos, Galeoto y Celestina, celebran el triunfo de sus artes diabólicas.

CAPITULO VII. – ¡El amor de Pilar!... ¡Ah!... ¡Los coloquios en la reja!... ¡Oh!... ¡Los tangos á voces solas!... ¿Eh?... ¡Escena íntima y realista del caramelo saboreado *ensemble!*... ¡Chifladura irremediable!

CAPITULO VIII. – Epílogo. El Mefistófeles hermafrodita prosigue su insidioso plan. Proposición inesperada y horrenda. Ignacio oye con profundo terror el anuncio de su enlace en los labios de la tiple *assolutísima*. Angustia trágica. Telegrama de Pascual: «Llegaré mañana jueves.» El héroe se acuesta con dolor de cabeza.

LUIS CÁNOVAS

(Concluirá)

MISCELANEA

Bellas Artes. – El Comité de la Sociedad de Artistas franceses, llamado Comité de los 90, reunióse el 11 del corriente en el Palacio de la Industria para proceder á la elección de presidente, cargo vacante por la reciente muerte del arquitecto Bailly.

El pintor Bonnat resultó elegido por 43 votos contra 13 que obtuvo M. Daumet, 3 Bouguereau y 3 Garnier.

Fueron también elegidos vicepresidentes Paul Dubois y Daumet.

– Para conmemorar el centenario del natalicio de Rossini la asociación *Familia Artística*, de Milán, ha acordado dar el día 29 del próximo febrero una audición de la *Misa solemne* del inmortal maestro, tal como aparece escrita en la edición original, es decir, para solos, coro, armónium y piano.

– En la Galería de esculturas de Dresde ha descubierto el Dr. Furtwangler, de Berlín, la existencia de dos hermosas antiguas copias de una Atenea de Fidias que los antiguos alabaron extraordinariamente y de cuya cabeza existía una reproducción en Bolonia.

– A la Exposición Universal de Chicago concurrirán, entre otros de nuestros artistas de la colonia española de Roma, Mariano Benlliure con su grandioso monumento á Gayarre, Villegas con sus celebrados cuadros *La muerte del torero* y *El triunfo de la Dogaresa*, Querol, Pradilla, Vallés, Tusquets y Alvarez con algunas de sus más notables creaciones.

– Dos nuevos Museos acaban de fundarse en Grecia, uno en Tanagra y otro en Livadia.

– En el ministerio de colonias de Portugal se han hallado cuatro magníficos tapices, que si bien no ostentan fecha ni firma, supónese pertenecen á los primeros años de la pasada centuria. Los asuntos representados son: el proceso de Marco Aurelio, su coronación, una de sus batallas, y por último su retrato y el de su esposa Faustina. Por disposición del Gobierno portugués han pasado á formar parte del Museo Nacional.

– El Papa ha ordenado la construcción de un gran convento ó colegio de benedictinos que se alzará en el monte Aventino: el terreno para ello adquirido ocupa un área de 50.000 metros cuadrados, de los cuales serán edificados 10.000. El proyecto de la obra es del benedictino P. Hildebrando y la ejecución del mismo correrá á cargo del arquitecto Vespignani. La suma destinada á esta construcción es de cuatro millones de pesetas y en su mayor parte ha sido recaudada por los benedictinos de todo el mundo, especialmente por los húngaros.

– En la asamblea últimamente celebrada por la Asociación de Artistas de Munich se ha dado cuenta del resultado de la última Exposición internacional de Bellas Artes: de los datos presentados resulta que la nación que más cuadros ha vendido en proporción al número de los enviados ha sido España, pues de 51 expuestos se vendieron 19, es decir, el 38 por 100, al paso que para los de Munich, que es la agrupación que le sigue, esta proporción no llega al 20 por 100. El producto de todas las ventas ha sido de 766.200 pesetas.

Por lo que pueda interesar á nuestros artistas copiamos á continuación los principales acuerdos que para las sucesivas Exposiciones se adoptaron. El certamen se inaugurará el 1.° de junio y en él sólo se admitirán de un mismo autor tres obras de igual género: la dirección residirá en el comité de la Asociación; el Jurado, en vez de 24 jurados y 16 suplentes, se compondrá de 40 de los primeros, de los cuales se considerarán suplentes los 16 que hayan obtenido menos votos; los presidentes y el secretario del Jurado no podrán ser elegidos entre los suplentes; el Jurado sólo intervendrá en la admisión, colocación y premio de las obras, correspondiendo al citado comité las invitaciones que se dirijan á los artistas, los cuales deberán enviar sus obras por conducto del mismo.

Teatros. – En breve se estrenarán en Madrid: en el teatro de la Princesa el drama de Sardou *Thermidor;* en la Zarzuela, una en tres actos, *La bala del rifle*, letra de D. Federico Jaques y música del maestro Chapí; y en Parish, *La Santa Cecilia*, zarzuela en tres actos, letra de los Sres. Granés y Navarro, música de Rubio y Taboada.

– *La familia Pontbiquet*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson, estrenada en el teatro del Vaudeville, de París, ha obtenido un éxito satisfactorio, manteniendo en constante hilaridad al público, que es todo lo que puede exigirse en producciones de la índole de la misma.

– En el Gimnasio de París se ha estrenado la comedia en tres actos de MM. Blum y Touché *Le monde oú l' on flirte*, en la que, como en tantas otras obras de su género, se fía el éxito más que á la acción á la *mise en scene*, convirtiendo en accesorio lo que debiera ser principal y viceversa. La obra ha llamado la atención por los trajes y las decoraciones; en cuanto al argumento y á su desarrollo no han despertado ningún interés.

– La ópera de Mascagni, *El amigo Fritz*, se representará en breve en el teatro Metropolitano de Nueva York, cantando la parte del protagonista el tenor Eduardo de Reszke.

– En el Teatro Romea de esta ciudad se ha estrenado con satisfactorio éxito un drama en catalán, en tres actos, titulado *Ateos y creyents*, original del aplaudido autor D. J. Bordas.

Necrología. – Han fallecido recientemente:

Alberto Wolf, alemán de origen, pero francés de corazón desde su juventud y naturalizado en Francia después de la guerra franco-prusiana; fué secretario de Dumas padre, tradujo al alemán varios dramas de Dumas hijo, comenzó su carrera periodística en *Le Fígaro* como colaborador hebdomadario,



ALBERTO WOLF, notable escritor y crítico francés
(De una fotografía de Chabot, de París.)

escribió luego en *Le Charivari* y en *L' Evenement*, pero al fin volvió al *Fígaro*, en donde fué crítico artístico primero y á la muerte de Vitu, acaecida hace poco tiempo, crítico teatral. Sus críticas artísticas le conquistaron gran notoriedad, y como crítico de teatros su claro criterio le colocó entre los maestros del género.

El cardenal Sinconi, prefecto de la Congregación romana *De propaganda fidei*, que es una de las más importantes de la corte pontificia.

El almirante Peyron, una de las más importantes figuras de la marina francesa: fué ministro en 1883, en el gabinete Ferry, y durante su ministerio hiciéronse los principales esfuerzos en la lucha entablada en el Tonkín; el Senado para recompensar sus servicios nombróle Senador inamovible.

Ernesto Guillermo Brücke, eminente fisiólogo, profesor de Fisiología de la Universidad de Viena, miembro de la Academia de Ciencias de dicha ciudad, autor de importantes obras de anatomía y fisiología. Nació en Berlín en 1819.

Luis Alfonso, distinguido literato, director que había sido de *La Dinastía*, de Barcelona, y redactor de *La Epoca*, de Madrid: entre los libros que deja escritos merecen especial mención su estudio sobre *Murillo* y sus *Cuentos raros;* como crítico artístico gozaba de merecida reputación por su claro criterio y por la imparcialidad de sus juicios, que exponía siempre en elegante y castizo estilo.

M. Quatrefages, una de las más grandes figuras científicas de nuestro siglo, Doctor en Medicina y Ciencias, cultivó especialmente las ciencias naturales y desempeñó la cátedra de Zoología de las facultades de Ciencias de Tolosa y París y la de Antropología y Etnología del Museo de Historia natural. Era miembro del Instituto de Francia y de la Academia de Ciencias y escribió multitud de importantísimas obras científicas. Ha fallecido á la edad de ochenta y dos años.

Varia. – En los talleres del ferrocarril *Great Eastern*, de Stattford, se ha realizado un verdadero *tour de force* montando y pintando en diez horas una locomotora con seis ruedas acopladas para tren de mercancías con su ténder de tres pares de ruedas: las distintas é innumerables piezas de que estas máquinas se componen se fabrican cada una en taller especial, siendo luego enviadas al departamento de montaje. De la precisión con que se construyen es prueba el hecho de que damos cuenta, pues si fuese necesario retocarlas, hubiera sido imposible realizarlo. La máquina hizo en seguida su primer viaje de prueba y desde entonces no ha cesado de funcionar.

– El Consejo municipal de la ciudad de Thun (Suiza) ha deliberado hace algunos días sobre un asunto sumamente curioso: se trata de una cuenta de sastre que en 1501 dejó de satisfacer el emperador Maximiliano I y que ahora solicitan los herederos de aquél que les paguen los sucesores de éste, habiendo para ello pedido la intervención del Consejo.

– Edisson ha pedido 35.000 pies cuadrados para su instalación en la Exposición de Chicago, es decir, la séptima parte del área total del Palacio de la Electricidad, manifestando al jefe de esta sección que en esta exposición piensa ejecutar la hazaña de su vida. «Pido mucho espacio, díjole, es cierto; pero necesito hasta la última pulgada y presentaré la serie de invenciones eléctricas más interesante que se haya visto hasta el día.» Y sabido es cómo cumple Edisson sus promesas por aventuradas que parezcan.

NUESTROS GRABADOS

El vestido nuevo, cuadro de A. Laussheimer. – Se acerca la fiesta de la Virgen, patrona del convento, y una de las más nobles preocupaciones de las buenas monjas es la de que la imagen que en su altar mayor se venera aparezca á los ojos de los fieles vestida con toda la riqueza que á su excelsitud corresponde. Para ello es preciso hacer un traje nuevo, una vestidura de gala, pues todas las que en el ropero se conservan parecen poco cada vez que de una nueva solemnidad se trata, y una de las hermanas se encarga de esta tarea, que ejecuta con todo el amor, con toda la atención que merece cuanto con la Reina de los cielos se relaciona.

Tal es el asunto que reproduce la notable pintura de Laussheimer, y fuerza es confesar que su pincel ha sabido imprimir en la figura de la religiosa los rasgos característicos que expresan la situación especial de su ánimo, movido por los sentimientos antes indicados.

Segando hierba. – Pavera. – La pastorcita. – La familia menuda, cuadros de D. Luis Graner. – Si al cabo de laboriosos afanes ha logrado la literatura catalana reconquistar el honroso lugar que le correspondía entre las que constituyen la nacional, quizás no está lejano el día en que la modernísima escuela pictórica alcance análogos resultados.

Luis Graner, que forma parte de ese grupo de artistas que tanto honran á la catalana región, cultiva el arte con verdadero entusiasmo, complaciéndose en vencer los escollos que en la ejecución pueden ofrecerle los contrastes de tonos, tipos y situaciones. De ahí que se observe en la mayoría de sus cuadros el resultado de atentos estudios y que se adivine en ellos la voluntad firme y decidida del artista que se propone lograr su reputación á costa de prolija labor y del estudio del natural. Los efectos de luz, la reunión de diversos tipos, las escenas en donde el artista procura hallar representaciones gráficas de las pasiones que dominan al hombre de las últimas clàses sociales, los abigarrados conjuntos en los que se hallan unidos lo delicado con lo grosero, lo vulgar con lo correcto, han servido á Graner de asunto para sus composiciones, que llevan marcado en sí el sello de un noble empeño y el de su recomendable laboriosidad.

Una nueva fase, un nuevo aspecto ofrecen los nueve lienzos que recientemente expuso en el Salón Parés. En ellos descúbrese al excelente paisista, tan hábil en los luminosos reflejos y en las francas tonalidades al aire libre, como antes demostró ser un colorista en los interiores y en las cabezas de estudio. Variados son los asuntos de los nueve cuadros y distintos los procedimientos. En todos ellos hay delicadeza de tonos, sobriedad en el color y extraordinaria fidelidad.

Prosiga Graner por tan segura senda, en la que ha de recoger ventajas y aplausos tan sinceros y espontáneos como el que desde luego le tributamos.

Palacio Real de Barcelona (en construcción), **composición y dibujo de D. Nicanor Vázquez.** – En el mismo lugar en donde Felipe V levantó la Ciudadela, testimonio de su dominación y del triunfo logrado sobre los catalanes, el Ayuntamiento de Barcelona, después de haber destruído la fortaleza, convirtiendo en jardines y parque lo que antes fueron baluartes, celebró la primera Exposición Universal que en España ha tenido lugar, surgiendo del recuerdo de la guerra la gran fiesta de la paz. Y cual si el noble pueblo catalán no creyera haber llenado por completo su gran empeño, reservó para residencia de los reyes el más vasto edificio de cuantos limitaban la gran plaza de armas.

Difícil empresa era la de transformar en palacio lo que antes fué cuartel, por más que la índole del edificio, su sólida construcción y la bondad de sus materiales ofrecieran ciertas ventajas; pero el arquitecto municipal, D. Pedro Falqués, ha sabido inteligentemente convertir en suntuosos salones y riquísimas cámaras lo que ayer fueron dormitorios de nuestros soldados, logrando además reunir las manifestaciones de la industria y de la producción nacional. Desde el delicado onix que cubre los pedestales del salón del trono, á las columnas de serpentina y los arrimaderos de mármol rojo que decoran el salón central, y el mármol blanco, gris ó negro que hábilmente combinado con el hierro, el bronce y la caoba, forman el techo de las reales cámaras, todos proceden de las canteras de varias regiones de la península y los trabajos han sido ejecutados por artífices catalanes. Nueve cámaras y salones están terminados; falta embellecer todavía mayor número y ejecutar por completo la reforma ó transformación exterior del edificio. Cuando esto suceda, creemos que será una de las más suntuosas residencias de nuestros monarcas y la más bella por su situación, ya que se alza en el centro del Parque, á la vez que una manifestación de la pujanza y desarrollo de nuestras artes é industrias.

De algunos detalles del edificio pueden formarse perfecta idea los lectores por la composición de nuestro inteligente colaborador Sr. Vázquez.

¿Quieres ser mi modelo? – ¡Valientes críticos! – Una escuela modelo. – Niños húngaros cantando (fotografías directas de C. A. Krall, Marta Philip y Bernardo Graul, premiadas en un concurso recientemente celebrado en Alemania). – Los progresos en el arte fotográfico realizados de algunos años acá son evidentes y débense en gran parte, no sólo al perfeccionamiento de las máquinas y de los ingredientes y materiales utilizados, sino á la afición general que se ha desarrollado hacia este medio de reproducción y que han fomentado y estimulado las iniciativas particulares y los públicos certámenes. Uno de éstos acaba de celebrar una acreditada revista alemana, á cuyo llamamiento han acudido aficionados de las más apartadas regiones del globo, enviando 1.177 fotografías. Entre las que han merecido premio, figuran las cuatro que publicamos y que fácilmente podrían tomarse por reproducciones de cuadros notables, tal es el sello artístico que á todas caracteriza. Este es indudablemente el verdadero progreso conseguido por los fotógrafos, así los de profesión, como los aficionados; antes limitábanse á reproducir lo que veían; hoy se dedican á estudiar lo que reproducen, y el esfuerzo por obtener algo realmente bello aguza su ingenio y despierta en su alma sentimientos de verdadero artista, produciendo esa labor resultados tan valiosos como los que se advierten en las cuatro fotografías antes indicadas.

La fiesta de las rosas en Roma á fines del siglo XVIII, cuadro de Julio Rosati. – La escena pasa en aquellos tiempos en que bajo los papas Gregorio XIV y Pío VI la Iglesia romana hacía ostentación de su magnificencia en la Ciudad Eterna: la nobleza y el pueblo se confundían en las brillantes ceremonias religiosas y el más acendrado fervor contribuía poderosamente á aumentar el efecto imponente de tales esplendores.

Desde cualquier punto de vista que se considere, el lienzo del celebrado pintor italiano Julio Rosati resulta una obra maestra: la ejecución de cada una de las figuras, su artística agrupación, la decoración del cuadro, los primorosos detalles á manos llenas prodigados, y sobre todo el ambiente religioso que flota en toda la composición, pero especialmente en el grupo de los celebrantes y de las jóvenes que aportan sus rosas al altar de María, son cualidades que revelan al artista de genio cuyo dominio de la técnica del arte le permite acometer y vencer las mayores dificultades.



Después, abriendo un cajón, sacó de él un pañuelo de algodón... (pág. 45)

HIERBA BUENA

NOVELA ORIGINAL POR BRET HARTE. – ILUSTRACIONES DE A. FORESTIER Y G. MONTBARD

(CONTINUACIÓN)

El viento había comenzado á soplar con fuerza, y era más que fresco hasta en aquel retirado jardín; el corregidor tosió, su amigo el señor Woods hizo un movimiento de impaciencia, y hasta Pablo se interrumpió un instante.

– ¡El coronel Pendleton! ¡Oh!, exclamó Hierba, juntando las manos en tono de súplica, dígame usted todo cuanto sepa acerca de él.

Pablo miró á la joven con expresión de agradecimiento, seguro aquella vez de que su emoción no era fingida.

– ¡Ah, sí!, dijo el corregidor, recuerdo que ustedes dos eran curadores; pero me parece que el coronel se halla ahora en una situación crítica. No ha vuelto á reponerse nunca desde aquel disgusto por la cuestión del Banco.

– ¡Oh! Esto será asunto de una investigación legislativa, y seguramente se auxiliará al coronel, repuso Pablo con tono protector.

Y volviéndose hacia Hierba, continuó:

– Mucho siento verme obligado á decir á usted que la salud del coronel no es nada buena, y que esto le obliga á guardar cama. Traigo una carta de él y un mensaje para usted.

Y miró á la joven con cierta expresión que parecía decir claramente: «No podré dársela hasta que estemos solos.»

– ¿Y cree usted que se extenderá un acta..., comenzó á decir el corregidor.

– Lo que creo, caballero, contestó Pablo, es que yo y mis amigos hemos cansado ayer demasiado la paciencia de estas dos señoritas hablando de política y de leyes. Debo aprovechar el tren de San Francisco que sale á las seis de la tarde, y ya he perdido el tiempo por no haber encontrado antes á la señorita Hierba. Permítame usted, pues, señor corregidor, que hable con ella unos momentos, puesto que tengo pocas ocasiones de hacerlo, mientras que usted puede verla diariamente.

Así diciendo, Pablo se colocó junto á Hierba y Matilde, y comenzó á dar cuenta, con alguna exageración sin duda, del recibimiento que había merecido de la superiora y de las dudas de ésta acerca de la identidad de Pablo con la persona á que Pendleton se refería en su carta de introducción.

– Confieso que me inquietó, continuó Pablo, al decirme que yo no podía tener más de diez y ocho años cuando se me nombró curador, y que á esta edad le necesitaría yo mismo tanto como usted. Creo que solamente el temor de que se me probase una impostura indujo á la superiora á permitirme buscar á usted.

– ¿Pero por qué razón le nombraron á usted curador?, preguntó Matilde. ¿No se conocía á ninguna otra persona de más edad para confiarle semejante cargo?

– ¡Oh! Entonces nos hallábamos en los primeros tiempos de California, contestó Pablo con cierta expresión de gravedad, al ver que Hierba le miraba fijamente; y sin duda en aquella época parecía tener yo más inteligencia y edad de las que tenía realmente. En fin, recuerdo poco de todo esto; y tal vez se me eligió por casualidad.

– De todos modos, replicó Matilde, que parecía haberse encargado de dirigir la conversación, el hecho tuvo algo de romántico y poético. Me parece curioso que un joven de diez y ocho años, como quien dice un muchacho, fuera curador de una niña. ¡Dos niños teniendo que cuidar el uno del otro! Supongo que en aquel entonces no habría aquí mujeres.

– Sí que las había, dijo Hierba precipitadamente, mirando á Pablo con expresión interrogadora. Los últimos emigrantes que llegan aquí, siempre creen que antes de ellos no había nada en este país. En cuanto á lo de que nos cuidáramos uno de otro, añadió la joven con cierta expresión de coquetería, en la que se adivinaba un ligero tinte de amargura, me parece que el caballero Hathaway tuvo á bien separarse muy pronto de mí.

– Sí, señorita, repuso Pablo, pero fué para dejar á usted en mejores manos que las mías, y creo que lo habrá reconocido así ya, pues instintivamente ha dispensado sus simpatías al coronel Pendleton. Si le hubiera usted conocido mejor, ahora sabría que su inclinación era bien fundada. El principal defecto del coronel á los ojos de nuestros amigos consiste en que les recuerda sus faltas y cosas que quisieran olvidar... Pero ¡ah! permítame usted entregarle la carta, pues tal vez quiera leerla ahora, por si acaso debo dar alguna contestación. La señorita Matilde Woods y yo hablaremos entretanto.

Al pronunciar estas palabras, Pablo sacó de su cartera la misiva del coronel y entregósela á Hierba.

En aquel momento las dos jóvenes y su acompañante llegaban á la extremidad de una alameda, donde se veía un pintoresco pabellón casi del todo cubierto de enredaderas, tanto que más bien parecía un gigantesco ramo de flores. El corregidor y su amigo se habían quedado atrás y conversaban animadamente.

– Si lo permites, voy á decir algo á mi tío, dijo de pronto Matilde á su amiga, cambiando con ella una mirada de inteligencia; así podrás hablar mejor con el señor Hathaway sobre el asunto que te preocupa, y además como hace tanto tiempo que no te ha visto, sin duda tendréis mucho que hablar.

Pablo se sonrió al ver á la joven alejarse presurosa, y entretanto Hierba, penetrando en el pabellón, sentóse en un rústico banco y comenzó á leer la carta. Pablo, apoyándose en un lado del arco que formaba la entrada, miraba tan pronto á la joven como á Matilde, que acababa de reunirse con su tío.

Hathaway estaba algo excitado en aquel instante sin saber á punto fijo la causa de ello, aunque en cierto modo podía atribuirlo á la circunstancia de no haber encontrado á Hierba en el convento y verse



El jardín del Rosario

obligado á justificarse á los ojos de la superiora por lo que él consideraba como un servicio de su parte. También se decía que su persistencia en buscar á la joven era más bien un acto agresivo contra los adversarios del coronel, que no el empeño ó secreto deseo de ver á la señorita Hierba, por más que reconociera su hermosura.

La joven había leído rápidamente la carta, que contenía varias cifras y una especie de cuenta, y dejóla en el banco con cierta indiferencia.

– Supongo que todo está corriente, dijo á Pablo, y así podrá usted manifestárselo al coronel, quien me explica la razón de haber transferido mi dinero á manos de un agente de Rothschild después de retirarlo del Banco. No veo en qué puede interesarme eso *ahora*.

Pablo no dudó que aquella transterencia era la misma que había costado al coronel la pérdida de su fortuna así como la amistad de sus amigos, y en consecuencia no pudo menos de contestar con cierta acritud:

– Pues yo creo, señorita, que debería interesarle á usted. Ignoro lo que el coronel explica en esa carta; pero seguramente no habrá dicho toda la verdad, porque no es hombre que tenga la costumbre de alabarse. Lo cierto es que el Banco se hallaba en grandes apuros cuando se trató de efectuar esa transferencia, y para conseguirla el señor Pendleton sacrificó cuanto poseía, atrayéndose con esto alguna mala voluntad.

Pablo se detuvo, reconociendo que había ido demasiado lejos en su explicación y que perdía el dominio sobre sí, sorprendiéndole al mismo tiempo que la ignorancia de la joven, muy justificable, le hubiese irritado.

Pero Hierba no había hecho aprecio de las palabras de su interlocutor, ó sin duda no comprendió su alcance, pues contestó con cierta precisión que parecía estudiada:

– Sí, supongo que para el coronel habrá sido un grave disgusto dar lugar á que se sospechara de su buena fe y se creyera que trataba de apropiarse la fortuna que se le había confiado, abusando del secreto de que se hizo partícipe.

Pablo miró con expresión de asombro, preguntándose si aquello era ignorancia ó sospecha; pero Hierba, cambiando de tono con infantil volubilidad, no le dejó tiempo para reflexionar.

– El coronel me habla de usted en esa carta, dijo, fijando en su interlocutor una mirada de simpatía.

– Pues entonces, ya comprendo por qué no le ha interesado á usted la misiva, repuso Pablo, muy satisfecho de que cambiara así el giro de una conversación que le parecía peligrosa.

– Sí, añadió la joven, habla de usted en términos muy lisonjeros, tanto que el coronel me parece ser otro de sus admiradores. En el salón de la Puerta de Oro pude convencerme ayer de que tenía usted bastantes, y seguramente no podrá quejarse por falta de importancia; pero si he de hablar con franqueza, debo decirle que ayer experimenté algún resentimiento contra usted, aunque sin explicarme la causa.

– Y con mucha razón, replicó Pablo, porque sin duda estaba insufrible. Por mi parte, confieso que también á mí me picó un poco que fuera usted objeto de idolatría para aquellas jóvenes que la rodeaban, tributándole tantas lisonjas.

Por lo regular, cuando un hombre y una mujer jóvenes llegan á cierto punto en sus confidencias, comunicándose sus mutuas impresiones, lo natural es que se establezca un lazo de simpatía; pero Pablo no sintió ninguna emoción, y las palabras de Hierba no fueron las más propias para producirla.

– A pesar de todo, dijo, hay en esa carta una decepción para mí, y es que el coronel me dice que usted no sabe nada respecto á mi familia ni al secreto de mi existencia.

Esta vez Pablo estaba ya muy sobre sí, y sostuvo con calma la mirada interrogadora de la joven.

– ¿Cree usted, contestó, que el coronel lo sabe?

– Claro es que sí, repuso Hierba precipitadamente. De lo contrario, ¿cómo suponer que se haya sacrificado, como usted dice, sin motivo alguno? Acaso haya temido también las consecuencias, añadió la joven, recalcando estas palabras.

Pablo sintió renacer su irritación al oir semejante respuesta, aunque sin saber precisamente por qué, pero disimuló su impresión.

– Difiero de usted en este punto, y no creo semejante cosa; pues sé muy bien que el coronel Pendleton no ha temido nunca nada, ni es hombre que acostumbre á calcular sobre los resultados que pueden tener sus actos. Me parece que obraría lo mismo

con los más altos y los más bajos, con los más poderosos y los más débiles.

Y como Pablo observase que Hierba fijaba en él una mirada penetrante, como si quisiera sondear su corazón, añadió:

– Yo estoy persuadido de que el coronel ha obrado con la mejor voluntad, solamente porque lo hacía en favor de usted.

Al decir esto, sus palabras eran sinceras y hablaba con la simpática expresión y el ademán que á veces le hacían irresistible, sin duda porque le complacía mucho observar que Hierba se interesaba por el coronel Pendleton, mostrándose agradecida á sus servicios. Pablo pensó también que lo que él había tomado en la joven por ironía ó petulancia era tan sólo efecto de la amargura que le causaba no haber podido penetrar el secreto de su existencia; y por otra parte, sus palabras y su manera de expresarse revelaban nobleza de sentimientos.

En aquel momento de abstracción agradable, Hierba, pasando un brazo por la ventana del pabellón, arrancó de su tallo una rosa que estaba á su alcance, y con la cabeza inclinada á un lado, acariciose una mejilla con la flor fijando en su acompañante una benévola mirada. En aquel momento la joven estaba verdaderamente hermosa.

– Pero seguramente tendrá usted alguna otra cosa en que pensar, señorita, dijo Pablo con acento de convicción. Dentro de pocos meses será usted mayor de edad, y al fin se verá libre de los estúpidos guardianes que tanto la molestan.

Hierba hizo un movimiento tan rápido, que la rosa que tenía en su mano cayó al suelo, y dando un paso hacia Pablo en ademán de súplica exclamó:

– ¡Por Dios, caballero Hathaway, no prosiga usted, pues adivino sus palabras antes de que las pronuncie! Ahora iba usted á decirme que con mi riqueza y mis cualidades, con mi hermosura y mis relaciones ya no debo desear más; y también me diría usted seguramente que debe importarme poco un secreto por el cual nada ganaré ni perderé. Estoy oyendo lo mismo todos los días, y cuantas personas hablan conmigo me lo repiten continuamente. Vamos, creí que el joven senador sería más original que los otros.

– Me reconozco culpable de todas las debilidades de la humanidad, repuso Pablo con vehemencia, comenzando á creer que había sido injusto en sus apreciaciones respecto á la joven.

– Le perdono á usted, añadió Hierba, sólo porque se le ha olvidado decir que si no me agrada el nombre que llevo de Hierba Buena podría cambiarle fácilmente por otro.

– Pues yo creo que á usted le agrada, contestó Pablo, conmovido al oir pronunciar por primera vez aquel nombre con un acento que le pareció tener algo de musical y recordando que él era quien lo había propuesto. Entonces, impulsado por una irresistible simpatía, osó sentarse en el banco junto á la joven, olvidando la gravedad que correspondía á un senador.

– Pero ¿cree usted, preguntó la joven, que ese es mi verdadero nombre?

– Yo no sé... comenzó á decir Pablo, vacilante sobre lo que debía contestar.

– ¿Cree usted, continuó Hierba, que puede haber habido alguno tan idiota que me diera el nombre de una planta, ó mejor dicho, de un vegetal?

– Es que..., balbució Pablo.

– ¿No le parece que semejante nombre es ridículo é impropio para una persona, sea quien fuere? Por poco que reflexione, no podrá menos de reconocer que tengo mucha razón de quejarme.



... y con ademán imperioso aplicó un dedo á su linda boca como para imponer silencio á su amiga (pág. 45)

Pablo tenía suficiente dominio sobre sí, y no le faltaba habilidad para contestar á su contrario en cualquier debate; pero estaba tan convencido de que las quejas de la joven eran fundadas, que no supo responder al pronto, y arrepintiose sinceramente de su ligereza al proponer, años antes, aquel nombre tan impropio.

– Confieso que tiene usted razón, dijo al fin; pero el hecho es que ese nombre fué el que se consignó en la escritura... es decir, lo supongo así, añadió, corrigiéndose precipitadamente.

– Bien hace usted en suponer, porque no podría probar lo que dice, pues la única copia que había de la escritura no se ha encontrado entre los papeles del difunto corregidor. Hierba Buena no es más que una parte de mi nombre, del cual se ha perdido sin duda la primera.

– ¿Parte del nombre?, repitió Pablo con inquietud.

– Sí, repuso la joven; ese nombre es el de la isla que se halla más allá de la bahía, y no se refiere á la planta. Dicha isla era parte de la propiedad de mi familia, los Argüelles, según se puede ver en los registros, y yo me llamo Argüelles de la Hierba Buena.

Imposible sería expresar el tímido, aunque triunfante acento de convicción con que la joven pronunció estas palabras. Un momento antes Pablo habría creído difícil conservar su gravedad al oir estas palabras; pero de pronto ocurriole que tal vez Hierba sospechaba la verdad. Recordó de improviso que los Argüelles, antigua familia española, fueron los primeros poseedores de la isla de Hierba Buena, y que durante algún tiempo circuló el rumor de que uno de ellos había escapado de Monterrey con la mujer del capitán de un buque americano. La historia legendaria de los primeros días de California estaba llena de incidentes más notables aún, que en aquel tiempo apenas llamaban la atención. Tal vez, pensó Pablo, los amigos de los Argüelles se enorgullecerían al reconocer y recordar en la heredera americana una descendiente de sus compatriotas. Todas estas ideas cruzaron rápidas por su mente después del primer momento de sorpresa, y entonces preguntose qué datos podía haber obtenido aquella niña de diez y siete años para dar semejante explicación.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS GRANDES QUITANIEVES ROTATORIAS EN AMÉRICA

Los ferrocarriles americanos han de cruzar á veces en las Montañas Roquizas por sitios donde la nieve,

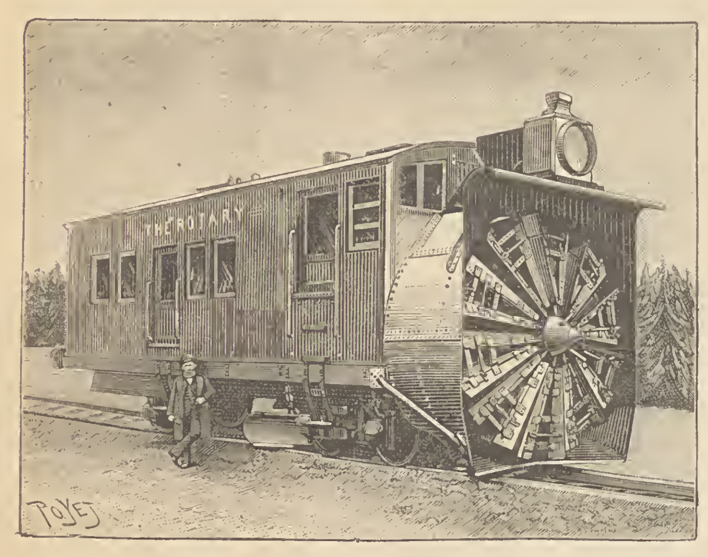


Fig. 1. Vista en conjunto de la nueva quitanieve americana *Rotary*

amontonada en cantidades de que no podemos formarnos idea, cubre la vía en un espesor á veces de muchos metros, haciendo imposible toda circulación durante algunos meses si no se encuentra medio de separarla; y como aquellas regiones están desiertas, preciso es que el tren por sí solo pueda abrirse paso.

Las quitanieves comunes en Europa no sirven en aquellos parajes, pues la nieve cuando alcanza una altura algo apreciable se acumula en los lados y ejerce pronto una reacción superior al impulso de la máquina, la cual puede encontrarse imposibilitada de avanzar y aun de retroceder por haber caído aquélla nuevamente sobre la vía detrás del tren. Para salvar este inconveniente es necesario arrojar la nieve á cierta distancia, y de aquí el empleo de las quitanieves rotatorias que, movidas por una máquina de vapor especial, cortan la nieve con sus paletas giratorias y la lanzan lejos por la acción de la fuerza centrífuga.

La primera quitanieve rotatoria, que figuró en la Exposición de los ferrocarriles de Chicago de 1883, era un enorme tornillo de Arquímedes que podía limpiar capas de nieve de dos metros de altura arrojándola á 18 metros á cada lado de la vía. Este tipo ha sido abandonado, pues en la práctica no dió grandes resultados.

En marzo de 1890, la Compañía del *Pacific Sud* ensayó en las líneas de Sierra Nevada otro aparato de tornillo, denominado *Cyclone*, que tampoco resultó satisfactorio.

En vista del poco éxito de estos aparatos, que procedían por excavación, se acudió á los rotatorios de paletas giratorias que, como aquéllos, fueron ideados por Mr. Jull, de Orangeville (Canadá), especialista en esta clase de máquinas.

Las quitanieves rotatorias están muy extendidas en América, en cuyas principales líneas funcionan; uno de los primeros tipos de estas máquinas llevaba delante una rueda vertical portahojas, detrás de la que había dispuesto un ventilador de hoja, instalado en una caja circular con una abertura en la parte superior por donde salía la nieve.

Pasemos ahora á describir algo más detalladamente otra quitanieve de un tipo algo distinto, conocida con el nombre de *Rotary*, que parece haber dado resultados completamente satisfactorios en los ensayos ha poco verificados en las líneas Unión Pacífico y Sud Pacífico.

La figura 1 representa la vista en conjunto de este aparato y la figura 2 la sección del mecanismo: en ésta se ve también la rueda vertical portahojas de la máquina Jull, pero en ella las hojas van puestas sobre paletas en forma de embudos que á modo de radios arrancan del centro de la rueda. Estas paletas arrancan la nieve y la arrojan directamente al exterior por su propio movimiento de rotación, sin intervención de ventilador, para lo cual están formadas por planchas de palastro arrolladas en cucurucho que constituyen conos rectos, cuyo eje está inclinado sobre la vertical de un ángulo igual á la semiabertura. La generatriz posterior fijada en el disco giratorio presenta una inclinación doble y la anterior es casi vertical; cada embudo presenta á lo largo de esta última generatriz una hendidura de cierta anchura que puede ser cerrada por dos hojas cortadas en bisel y movibles con charnelas alrededor de los bordes de aquéllas. Las hojas vecinas de dos paletas sucesivas están conjugadas de dos en dos por barras de conexión, de modo que una de las dos hojas de una misma paleta se presente abierta con su filo dispuesto á cortar por efecto del movimiento de rotación, mientras la hoja opuesta está cerrada. Para aliviar las charnelas, las hojas descansan sobre unos apoyos que de esta suerte soportan el esfuerzo transmitido por la reacción de la masa de nieve.

Así se explica la manera como se efectúa el trabajo de estas paletas: cuando el disco se pone en movimiento, las hojas en bisel que se presentan por el lado del filo cortan la masa con un movimiento helizoidal y obligan á la nieve á penetrar por la hendidura abierta. Digamos de paso que la rueda de paletas va encerrada en una caja abierta por delante. De este modo la nieve se acumula en las paletas y es expulsada por la fuerza centrífuga cuando éstas llegan, en su movimiento de rotación, á la parte superior del disco; la abertura practicada en la jaula que encierra la rueda lleva un dispositivo que permite lanzar la nieve á uno ú otro lado de la vía. Merced á la forma inclinada de las paletas, los copos que no son expulsados caen en la vía sin perjudicar el funcionamiento de la máquina y evitando que aquéllas se obstruyan.

El maquinista va en un camarote que abarca el conjunto del mecanismo (fig. 2), vigila la vía y dispone de una palanca que le permite regular el sentido de rotación de la rueda y dirigir la nieve á un lado ó á otro de la vía, según las condiciones del terreno.

El impulso comunicado por la rotación del aparato es tal, que la nieve, lanzada á grande altura, va á caer á una distancia de 15 á 20 metros (fig. 3).

Esta máquina limpia la vía, pero no los rieles, y por esto lleva el complemento de un cortahielo y un raspador de nieve, colocados aquél delante de la primera rueda y éste inmediatamente después de la segunda y guiados por un pistón de vapor que el maquinista pone en movimiento desde su plataforma; unos muelles colocados en las barras de suspensión les permiten levantarse cuando encuentran un obstáculo rígido, pero conviene que el maquinista los levante por sí mismo cuando se acerca á una aguja ó á un cruce para evitar desperfectos en la vía.

Como hemos dicho antes, la quitanieve *Rotary*, cuyas principales disposiciones hemos descrito, ha dado, según parece, resultados muy satisfactorios en las distintas pruebas que con ella se han verificado.

En abril de 1890 la Compañía Unión Pacífico ensayó la máquina en las inmediaciones del túnel del Alpino, entre Denver y San Elmo, en trayectos de vías en curva de muchos kilómetros de longitud, cubiertas de una capa de nieve de dos metros de espesor y tan compacta que en algunos puntos había en la superficie 10 centímetros de hielo. El aparato era empujado por dos y á veces por cuatro máquinas, pero la travesía pudo verificarse en condiciones satisfactorias y sin desperfectos.

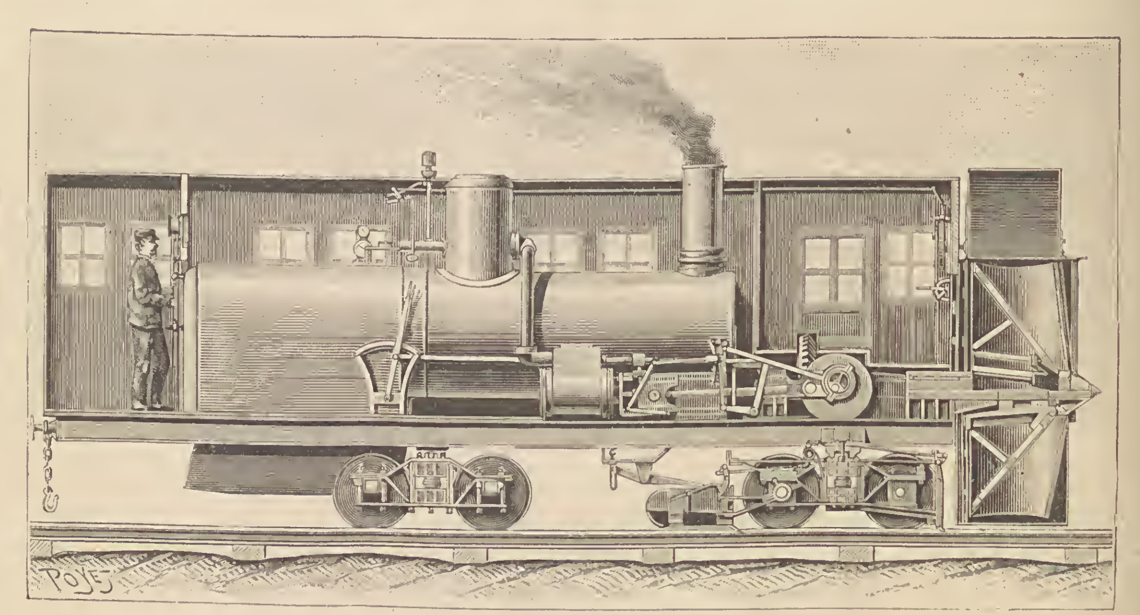


Fig. 2. Mecanismo de la quitanieve *Rotary*

Estos resultados fueron confirmados por los que se obtuvo en el Sud Pacífico, en Sierra Nevada.

(De *La Nature*)



Fig. 3. La quitanieve *Rotary* funcionando. (De una fotografía instantánea.)



Arco llamado del *Ecce-homo*, ó de Pilatos, en Jerusalén (copia de una fotografía)

EL ESCULTOR CIEGO

MR. JUAN MARCHAND MUNDY

Existe en Tarrytown (Estados Unidos) un escultor ciego que acaba de terminar una admirable estatua de Wáshington Irving un tercio mayor del tamaño natural. Si exceptuamos al escultor francés Dantan, no se encontrará otro ejemplo de este género.

Juan Marchand Mundy, que así se llama el artista, nació cerca de Nuevo Brunswik en 13 de mayo de 1832, pero en edad muy temprana lleváronlo sus padres á Geneva (Nueva York). Desde muy niño mostró decidida afición y notables aptitudes para el arte, y á los veintidós años, sin tomar de nadie consejo, marchó á Nueva York resuelto á consagrarse á una profesión que había despertado sus ambiciones desde su más tierna infancia, y encontró ocupación en un taller de marmolista, donde se esculpían principalmente piezas ornamentales de arquitectura. Su habilidad en el manejo de los útiles de aquel oficio hízose patente desde luego, y á la segunda semana pudo ejecutar los más delicados trabajos que en aquel obrador se hacían.

Por aquel entonces Mr. Mundy no era ciego todavía, pero los síntomas de la enfermedad empezaban ya á manifestarse. En la primavera de 1854 entró en el estudio del escultor Enrique K. Brown, de Brooklin, con quien estuvo siete años; durante este período su vista fué debilitándose, haciendo temer la próxima ceguera, por lo que su familia y sus amigos le instaron á que abandonase la escultura, á lo que él se negó resueltamente.

El primer encargo de una obra en mármol se lo hizo la asociación *Alfa, Delta, Phi*, de Ginebra, confiándole la ejecución del busto de su presidente, el Dr. Hale. A poco se estableció en Rochester, donde permaneció veinte años; allí modeló algunas de sus mejores esculturas, *El segador, El peregrino* y *Colombia* y gran número de retratos.

En 1883 quedó completamente ciego del ojo izquierdo y una catarata obscureció la poca vista que le quedaba en el derecho, y á fines de 1885 se retiró al lado de una hermana suya que vivía en Tarrytown; pero poco amante de la inacción y sintiéndose impulsado por sus nobles aspiraciones, consagróse de nuevo al trabajo, aprovechando la coyuntura de haberse de modelar una estatua que completara el monumento dedicado por los veteranos del gran ejército á sus compañeros. Esta obra, que ejecutó valiéndose principalmente del tacto, fué inaugurada en 1890.



El escultor ciego norteamericano Mr. Juan Marchand Mundy modelando la estatua de Wáshington Irving

Entonces se consagró á la que él llama la última producción de su carrera artística, la estatua de Wáshington Irving, de quien siempre había sido admirador. Con su exquisito tacto y ayudándose con el recuerdo de los retratos que de aquél viera en otro tiempo, ha conseguido ejecutar una obra que ha sido alabada por los críticos más competentes y que se considera como la mejor estatua-retrato existente de Wáshington Irving.

Hablando con un periodista que fué á visitarle á su taller, decía recientemente: «He trabajado en esta estatua noche y día durante los últimos diez y ocho meses; y digo noche porque ésta es para mí lo mismo que el día. Cuando vengo aquí al anochecer, la única luz que me ilumina es la que de dentro de mí mismo sale. He vivido tanto tiempo con mi obra, conozco tan bien sus menores detalles, que cualquier defecto que haya en ella mejor lo notan los ojos de mi espíritu en la obscuridad más completa que cuando la luz diurna hiere mis pupilas con una sombra luminosa que distrae mi atención.

»¿Quiere usted saber cómo trabajo? Con medidas y con instrumentos toscos. Lo primero que modelé en esta estatua fué el busto y luego la silla en que la figura está sentada; después determiné á qué altura del suelo debía estar la cabeza, base de todos los ulteriores cálculos, lo cual realicé merced al conocimiento exacto de las proporciones del cuerpo humano sentado.

»Voy á explicar á usted cómo modelo una pieza suelta de mi estatua: siéntese usted y cruce las piernas de modo que los pliegues del pantalón caigan naturalmente. Después de haber pasado las manos por esos pliegues y cuando ya tengo idea de ellos, me dirijo á la estatua y palpo los que he ejecutado en el barro: si en éste hay algo equivocado, lo descubro en seguida, no escapándoseme la más pequeña diferencia, la más mínima desigualdad en la superficie.»

Después de haber así explicado cómo por el tacto de lo que le servía de modelo iba modelando el barro, terminó diciendo: «Convencido de que sería la última producción de mi carrera artística le he consagrado toda mi atención noche y día: siempre ha estado presente en mi pensamiento en mis horas de vigilia y se me ha aparecido en sueños. Ahora que está terminada, ha acabado también la obra de mi vida.»

No se sabe aún dónde ha de emplazarse la estatua, pues mientras unos quieren que sea en Nueva York, los habitantes de Tarrytown desean conservar esta obra de arte y colocarla en *Sunny-side*, residencia de Irving, ó en cualquier otro sitio público de la población.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN